

Llamados a la Madurez

Posted on **May 16, 2026** by **Néstor Martínez**

(Lucas 4: 1) = Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto (2) por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre. (3) Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. (4) Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios. (5) Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. (6) Y le dijo el diablo: a ti daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. (7) Si tú postrado me adores, todos serán tuyos. (8) Respondiendo Jesús, le dijo: vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. (9) Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; (10) porque escrito está: A sus ángeles mandará cerca de ti, que te guarden; (11) y, en las manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra. (12) Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: no tentarás al Señor tu Dios. (13) Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo. Sería una hazaña bastante grande hacerle justicia a este pasaje de la Escritura. Eleva cuestiones que necesitan ser probadas y examinadas con detenimiento. ¿De qué forma son estas tres tentaciones algo que cubre todo el panorama de lo que es la vida en Dios? ¿De qué manera nos muestra las respuestas de Jesús la forma en que pueden enfrentarse? ¿Habríamos de ocuparnos con este pasaje de la Escritura, o es meramente una narrativa histórica para nuestro mero interés? ¿Tiene alguna relevancia o aplicación para los creyentes de hoy en día? ¿Qué hay detrás del hecho de que Jesús haya comenzado su respuesta a cada tentación con las palabras, “escrito está, dicho está...”? Evidentemente, las Escrituras citadas respondieron a las tentaciones de forma tan eficaz que el diablo se apartó de Él, sabiendo que habría otra oportunidad en el futuro. Cada respuesta de Jesús fue enunciada sobre el Dios de las Escrituras, el Dios que había hablado. Cada ataque y tentación estaban diseñados para apartarle de ese centro. ¿A qué otro centro deseaba el diablo trasladar a Jesús? *Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.* Vemos aquí la primera pregunta burlona que el diablo le lanza a Jesús. Él acaba de ser declarado el Hijo de Dios por Su Padre: *“Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.”* En esta primera declaración, el diablo ha exhibido su sabiduría característica. ¿No lleva acaso una resonancia, un eco de algo que fue dicho una vez en el Jardín del Edén? “¿Conque Dios os ha dicho...?” Dios acababa de anunciar públicamente hacía un momento que: *“Tú eres mi Hijo amado.”* Entonces, el diablo trata de introducir dudas en la mente de Jesús al decirle: *“Si eres Hijo de Dios...”* De la misma manera, ¿Podremos esperar que este mismo tipo de prueba venga sobre nosotros? Un hijo, que lo es en realidad, es la obra ulterior de Dios, para la cual Jesús es el patrón. La intención de Dios es la de “llevar muchos hijos a la gloria,” lo que incluye hijas también. La *huiothesía* (Que se traduce como “adopción de hijos” o “ser adoptados hijos”) es el lugar de madurez, de un haber entrado al carácter y estatura de aquél Hijo patrón. De hecho, la palabra griega para “hijo” es *huios*, que implícitamente connota madurez. En el análisis final, estoy convencido de que las potestades de las tinieblas tiemblan ante un hijo de Dios que ha “alcanzado la madurez.” Ellos buscan mantener a todos los creyentes en un lugar que es menos que eso. Por más que *queramos* disfrutar un lugar de menor altura, y por más que *seamos* aplaudidos en dicho lugar—aunque seamos consistentes y fieles en asistir a la iglesia, en trabajo misionero y otras actividades buenas—no se trata del lugar ulterior, la estatura y propósito a los cuales Dios nos

ha llamado. No hay otra cosa que irrite más al diablo que “la colocación” o la “adopción” de un hijo. Un hijo verdadero y bíblico representa y refleja a su padre con toda exactitud. Un hijo carece de cualquier motivo o propósito para su ser y vida que no sea la gloria del padre que viene a través de la obediencia de un corazón que le es genuino. Obtener la *huiiothesía* bíblica debe de ser entonces nuestra meta más alta. La *huiiothesía* es la más grande de las intenciones de Dios para nuestra salvación. Tengo que añadir que desde mi propia perspectiva, habiendo observado al pueblo de Dios durante un largo tiempo, he notado que un gran número de los que se llaman a sí mismos cristianos, no tienen un deseo de alcanzar la *huiiothesía*. Tristemente, muchos desean una relación con Dios que exige de *ellos* algo que es mucho menor. Jesús nació como el Hijo de Dios, pero hubo un punto en el tiempo en el cual Él fue *declarado* el Hijo, “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.” Esta declaración tomó lugar cuando Él emergió de las aguas del bautismo, *antes* de que hubiese *hecho* nada para merecer dicho reconocimiento. Él todavía no había iniciado Su ministerio público. Eso vino después de la prueba en el desierto. Sin embargo, Dios está haciendo un pronunciamiento *antes* de que Jesús haya hecho algo. ¿Qué implica eso para una generación como la nuestra, que está habituada a los logros, hechos y desempeños como la base para su autoestima y reconocimiento? Consideremos la enorme significancia de una declaración que tenía que ver con todo lo que Jesús *era* en virtud de una relación con Dios. De hecho, la única cosa que Jesús realmente *hizo* para evocar tal proclamación celestial fue haber ido al río Jordán. Este bautismo por justicia era simbólico de las aguas de muerte a Su propia vida, propósitos e intereses. La consecuencia lógica de este acto determinante fue la de traer una amargura y oposición contra Sí mismo, lo cual terminaría eventualmente en Su crucifixión y muerte vergonzosa. ¿Podría ser esta la razón por la que evitamos deliberadamente el tomar este deseo por la *huiiothesía* para nosotros mismos? Tenemos una intención mediocre; deseamos ser “buenos cristianos,” intuyendo, quizás, que bien pudiésemos estar invitando un tipo particular de oposición aquí, y en esta vida. Jesús definió qué era lo que constituía la “familia” en base a la relación con el Padre y la obediencia a Su voluntad. Cuando Jesús emergió de las aguas del Jordán, la Paloma celestial vino sobre Él, pero Él también esperó la declaración del Padre acerca del Hijo. A *menos* que entremos en ese momento en la misma verdad y la misma profundidad, ese reconocimiento de los cielos no sonará por encima de nuestras cabezas. Todo aquí es un patrón que concierne a los hijos e hijas de cualquier y cada generación. ¿Cuántos de nosotros vimos *nuestro* bautismo como un acto de obediencia para cumplir un requisito y ordenanza? ¿Cuántos de nosotros lo vimos cómo entrar a una muerte y sepultura, no solamente para los propósitos de Otro, sino para que de ese momento en adelante se viva por la vida de ése Otro? Tal vez no somos hijos todavía, precisamente porque no tenemos la misma disposición de corazón que el Hijo Patrón. Muy a menudo, el bautismo en agua nos ocurre sin ningún entendimiento real de nuestra parte, un mero chapuzón religioso. Para Jesús, fue llevarse voluntariamente a la muerte de Su propia vida, Su distintivo humano y ser— incluso muerte a la misma perfección que Él era como el Hijo de Hombre. Hay dos palabras griegas que se traducen al español con la misma palabra “hijo,” *huios* y *teknón*. **Teknón**, “niño” o “hijo” se usa tanto en el sentido natural como en el figurativo, en contraste con *huios*, “hijo” donde se enfatiza la dignidad y carácter relacional. Ejemplos del uso de **teknón** aparecen en Juan 1:12: *Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos (Teknon) de Dios.* Filipenses 2:15: *Para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos (Teknon) de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.* 1 Juan 3:2; *Amados, ahora somos hijos (Teknon) de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.* Lo cierto es que la connotación es hacer énfasis en el hecho del nacimiento. En inglés existen palabras para traducir ambos vocablos (“*children*” y “*son,*”) lo cual no ocurre en español. Para nosotros, bien pudiera ser que nos lo hayamos perdido justo aquí, en el mismísimo nexo de la fe; a saber, el reconocimiento del bautismo como una sepultura, “renunciando con toda sinceridad a la vida propia.” ¿Acaso hemos visto realmente lo que la auto-renuncia a nuestras propias vidas implica? ¿Hemos visto esa clase de vidas vividas delante de nosotros? Quizás simplemente existan muy pocos que hayan atestiguado o contemplado la visión de la vida crucificada.

El apóstol Pablo fue uno de ellos. Aquí y allá, un encuentro fortuito confirma que hemos encontrado otro que lo haya hecho, quien puede declarar junto con Pablo, “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios...” Nuestro fracaso en la renuncia a todo es sin lugar a duda la razón por la cual seguimos viviendo consistentemente por nuestros propios pensamientos e impulsos, y por nuestras buenas intenciones religiosas. Dios llama nuestras buenas intenciones injustas y perversas porque las ponemos por encima de las Suyas. Jamás nos someteremos a Su voluntad mientras pensemos que tenemos habilidades y cualidades significativas e importantes que pudiesen ser de valor para los propósitos de Dios. A menos que estemos plena y cabalmente convencidos de que “en mí no mora el bien”, estaremos indispuestos a “morir.” Nuestro bautismo en agua será solamente un acto de obligación bíblica. El hijo que complace a Dios es aquel que cederá su propia vida por la del Padre. Entonces, las palabras de Jesús, y Sus obras, tenían que ser las del Padre porque Él solamente hizo lo que veía hacer a Su Padre. El apóstol Pablo entendió que él estaba muerto, y que su obra estaba escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, quien era la vida de Pablo, fue revelado *en* Pablo, entonces su vida encontraría expresión y sería manifestada *con* Él *para gloria*. Tenemos una gran cantidad de buenos sermones, estudios bíblicos y programas en la iglesia, pero ¿cuánta *gloria* hemos visto manifestada en el pueblo de Dios en vida y en poder? La *huidosis* es un llamado radical para nosotros con el fin de que colocarnos en un modo de ser que es definitivo y normativo en la fe. Si nos lo perdemos aquí, nos hemos perdido la fe en sus elementos más esenciales, y nos condenamos nosotros mismos, en consecuencia, a un cristianismo cultural. Este tipo de “cristianismo” puede ejercer cierta influencia benigna en la sociedad para limar las esquinas, pero nunca traerá o revelará la vida y el poder de Dios. No se requiere de mucho para transmutar las cosas santas y hacerlas comunes. ¿Dónde están aquellos, como los apóstoles, que pusieron al mundo de cabeza? ¿Dónde están los hijos de quienes pudiera decirse en las sinagogas de hoy en día “y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad.”? Solamente una palabra de ese calibre y poder podrá verdaderamente sacar demonios, sanar los enfermos, liberar a los cautivos, abrir los ojos a los ciegos e incluso resucitar a los muertos. En la vida y ministerio cristianos, existe una consecuencia para el hijo que sigue este bautismo radical para muerte, y la subsecuente caminata de esta vida en Su poder. Dicha consecuencia es la prueba ardiente, el examen de la fe personal. Las tentaciones que nos prueban pueden no venir tan claramente delineadas como son descritas en el evangelio de Lucas. Muchos cristianos están pasmados ante el porqué de que ellos enfrenen pruebas y adversidades. Cuando piensan que se han graduado de una, helo aquí, en un corto período de tiempo, hay otra prueba de un tipo más demandante. Necesitamos identificar dichas pruebas conscientemente. Necesitamos reconocer que no son coincidencias. Están en los propósitos de Dios. Por ellas somos probados con respecto a nuestra intención con, para, y por Dios. Pasar tales exámenes no es un fin en sí mismo, sino el comienzo de algo de un tipo cualitativo que está siendo establecido en nuestro ser interior. La prueba estará con nosotros por el resto de nuestra jornada de la vida como seguidores de Jesús, el Hijo Patrón. *(Gálatas 2: 20) = Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. (Romanos 7: 18) = Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. (Colosenses 3: 3) = Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (4) Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. (Lucas 4: 32) = Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad.* Alguien, con mucho acierto, dijo: “El objetivo del diablo en estas tres tentaciones fue inducir a Cristo a actuar desde Sí mismo, independientemente de Su Padre.” ¿Somos capaces de distinguir la diferencia entre actuar desde nosotros mismos y actuar desde la dependencia en el Padre? El diablo quiere que funcionemos desde la vida egocéntrica porque afecta el carácter y el fruto de ese servicio *alejándolo* de Dios. Una modalidad que nos exalta a *nosotros* y lo que *hemos* hecho para Dios. La otra, exclusiva e invariablemente exalta y por lo tanto glorifica a Dios. El sello de calidad de un hijo, en la intención de Dios, es que *vivamos* a través de Él “para alabanza de Su gloria.” Jesús, quien viviera desde el Padre, nos ha hecho disponible un medio a través del cual hay

una manera de extraer nuestra vida de la gracia de Dios y del poder de Su resurrección. ¿Cuántos de nosotros conocemos esta dinámica de vida en la verdad, o es nada más que algo meramente teórico y académico? El diablo hará lo que sea para mantenernos alejados de ese lugar de vida y poder en Dios induciéndonos a servir a Dios desde nosotros mismos, desde nuestras buenas intenciones, inteligencia y habilidad religiosa. Como un Hijo, Jesús jamás habló nada por Sí mismo. Siendo supremamente inteligente, Él era no solamente el Hijo de Dios sino también el Hijo de Hombre, capaz de discutir con los doctores de la ley a la edad de doce años. Y aun así, ni una sola vez durante Su vida adulta utilizó Su habilidad humana para hablar o influenciar cualesquier situación. Anunció claramente que: *las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras*. Ser el siervo de otro es la pérdida de identidad final. Eso no implica que nos convertiremos en robots programados o en autómatas sin nuestro propio ser distintivo. Jesús fue el Hijo de Hombre más irresistible que podamos encontrar, auténtico en Su ser y en la verdad de Su vida y personalidad. Esto es una aparente contradicción, una paradoja, pero Él mismo lo señaló cuando dijo: *todo el que la pierda [su vida], la salvará*. ¡Vivir para otro es una cosa, pero vivir para otro por la vida que viene de ése otro es algo más! En cierto sentido, todos somos hijos de Dios, pero ¿cuántos de nosotros llegamos a ser *hijos* de Dios, hijos que lo son *realmente*? *Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios*. ¿Qué es lo que implica ésta declaración con respecto al asunto de los hijos? *Y seré a vosotros por Padre* nos indica que no es algo automático. Hay una dimensión de la paternidad que está reservada exclusivamente para hijos que han alcanzado los requerimientos de la *huiiothesía*. Y a todo esto, ¿cómo saber si hemos obtenido la *huiiothesía* bíblica? Esta es una pregunta enorme y substancial. ¿Qué tan frecuentemente, si es que alguna vez, llegamos a escuchar que el asunto de la *huiiothesía* (o para fines prácticos, de la madurez final de los hijos de Dios,) ha tocado la conciencia de los creyentes? Es rarísimo escuchar del tema. Peor aún, nos suena a algo que no necesitamos considerar como perteneciente al ámbito de nuestra propia experiencia. No obstante, existe un evento de todas las épocas que tomará lugar cuando la realidad de la *huiiothesía* sea establecida en la medida de la intención de Dios para la iglesia: *Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora*. Cuando veamos a la creación libre de su esclavitud, entonces sabremos que la condición para ello ha sido cumplida. En otras palabras, Dios está diciendo que hay una condición por la cual incluso la naturaleza inanimada espera, intuyendo y comprendiendo mejor que nosotros el misterio que la liberará de la esclavitud de corrupción—la revelación o la manifestación de los hijos de Dios. La obtención del estatus de hijos no tiene nada que ver con lo que los hombres *harán*, pero tiene que verlo todo con lo que los hombres *serán*. ¿Acaso no estamos orientados a *hacer* más que estar enfocados en *ser*? *Y me seréis testigos...* dijo el Señor resucitado a Sus discípulos. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al hijo, y *todas las cosas ha entregado en su mano*. La diferencia entre un hijo y un niño [hijos y teknón, *respectivamente*,] es que no le confiaríamos *todas las cosas* a un niño. Un niño carece de madurez, responsabilidad, o devoción a su padre. Un niño tiene la tendencia a usar incorrectamente, a apropiarse sin corresponderle y a buscar su propio beneficio. Los niños son egos con patas. Pero un hijo es logro supremo, cuya vida no se vive para sí mismo, sino para otro. Hablar las palabras que tuvieron su origen en Dios es un ejercicio en humillación. Con muy poca excepciones, nuestras vidas han sido un entrenamiento para hacer aquello en lo que somos más capaces, y luego sobresalir haciendo lo mismo. Pero si hablas la palabra del Padre, lo que saldrá es una palabra viva que puede potencialmente resucitar a los “muertos” de sus tumbas. Podrás encontrarte hablando menos palabras, pero más escogidas. La declaración celestial viene de un Padre que está esperando hijos que desistan de sí mismos; hijos que

tienen la fe para creer que Él les dará Sus palabras. El corazón de pastor del Padre busca hijos a través de los cuales Él pueda expresar Su vida, Su hablar, Su pensamiento. Nuestros servicios típicos de iglesia son, más veces que no, palabras correctamente bíblicas sacadas de las escrituras, ¿pero son una expresión de Dios mismo? ¿Podemos creer que hay un Dios cuyas palabras son más grandes que las nuestras? Un hijo es aquél que es obediente para hablar la palabra que el Padre brinda, en la manera y carácter que ese mensaje debe de ser. *Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.* ¿Y cuál es tu impresión del versículo precedente? *Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.* Para que el impío o perverso deje sus caminos no significa que dicho camino sea necesariamente en extremo pecaminoso o impuro visible y moralmente. En tanto que sea *su* camino y no el camino de Dios, Dios llama a esa persona “impío.” En otras palabras, Él llama al hombre impío quien insiste en andar en su propio camino, aun cuando sea religiosamente impresionante. Aun si se conduce con rectitud, aun si es moralmente de notar, aun si es socialmente aceptado como impresionante, no es sino impío a los ojos de Dios. El camino de un hombre escoge voluntariamente ignorar el camino de Dios e insiste en seguir el suyo. Lo mismo es cierto para los pensamientos. Dios mira los pensamientos de *uno mismo* como injustos. Siendo eso cierto, la injusticia es flagrante en la casa de Dios. Cualquier hombre que predique su propio sermón, o quien ajusta sus palabras para que hallen cabida en lo que visualiza que es el nivel de aceptación de su audiencia, está hablando injusticia. Que el hombre inicuo *deje sus* pensamientos. Dios está esperando para darnos Sus pensamientos cuando nosotros abandonemos los propios. Incluso los pensamientos acerca de nosotros mismos pueden ser denigrantes y acusadores ante nuestros fracasos y defectos. Alguien dijo una vez: “el gallo puede cantar diez mil veces, pero no nos lo vamos a perdonar.” Necesitamos escuchar los pensamientos de Dios hacia nosotros. La mente es una cosa preciosa, y no ha de ser un campo de juegos para la carne o el diablo. ¿Por qué nos aferramos a nuestros propios pensamientos y hacemos de ellos la prioridad de nuestras vidas? Quizás sea un asunto de identidad o distinción individual. ¿Quién de nosotros está libre de la inseguridad de nuestra propia identidad de tal forma que pueda abandonar sus propios pensamientos? Nuestra cultura y la sabiduría de este mundo presente nos han animado a ser individualistas y a tener nuestras propias ideas. Pero la sabiduría de este mundo es contraria a la sabiduría de Dios, y necesitamos ser animados por la fe que cree que Dios tiene pensamientos hacia nosotros, y por nosotros, que son más altos que los nuestros, si tan solo abandonásemos nuestros propios pensamientos por ser injustos. Los hombres que se dan a sí mismos a los pensamientos de Dios como prioridad sobre los suyos llegan a ser notablemente distintivos en Dios. Sin embargo, en nuestro esfuerzo por establecer nuestra propia identidad, por nuestro propio pensamiento, terminamos en oposición contra nosotros mismos. La muerte, si ha de significar algo, es total o no es muerte para nada. Jesús no fue parcialmente crucificado. Estaba muerto, un cadáver en su tumba. Él fue resucitado de entre los muertos porque cumplió con las condiciones de muerte para llegar a una novedad de vida. Ascendió al Padre, exaltado para siempre. Desde su lugar de exaltación, y en Su cuerpo resucitado y glorificado, pudo decirle a sus discípulos: “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...” Y esa es la autoridad que le es dada a aquellos que son levantados a novedad de vida. Dios no dará Su poder, gloria y autoridad a hombres que todavía están vivos a sí mismos, a sus carreras y reputaciones. Él no confiará Su gloria a carne alguna *en absoluto*. Él solamente puede confiarla a hombres muertos quienes no tienen interés en su propia persona o para su propia persona. Ellos solamente desean glorificar al Padre. Es precisamente aquí que tenemos la definición de un hijo bíblico: el hombre que vive su vida con sola y exclusivamente un propósito—la gloria del Padre, no la suya. La elección de actuar desde uno mismo o actuar desde la vida de Dios se convierte, como siempre, en el asunto de la *Cruz*. No es una cosa de “una vez y para siempre” sino un evento diario y continuo. Siempre existirá la tentación de vivir desde nuestra propia vida. De hecho, entre más importante el momento, más seremos tentados al éxito del logro desde nosotros mismos. Es tentador el querer evitar la humillación o el

descorazonamiento del fracaso, y eso es por qué estamos continuamente quedándonos cortos de la gloria de Dios. La gloria de Dios es siempre y eminentemente un fenómeno de resurrección. El asunto de la resurrección es la línea divisoria que separa los corderos de las cabras. Es más que aprobar la veracidad de una doctrina (cosa que las cabras pueden hacer). Tal cosa no salva de estar separados de Dios. Podemos estar en lo doctrinalmente correcto, asistir regularmente a la iglesia, cantar los grandes himnos y coros, cumplir con todos los requerimientos nominales de nuestro cristianismo cultural, incluso en sus mejores formas carismáticas, pero seguir estando en un lugar de separación de Dios y de Sus propósitos. El evangelio de Marcos registra que después del bautismo de Jesús, el Espíritu *impulsó* a Jesús para que fuera al desierto. Esto no implica que Jesús fue renuente o que iba arrastrando los pies. Creo que el Espíritu de Dios deseaba mostrar a través de esta sola palabra en Marcos que hay una urgencia para esto, y que no es una opción para aquellos que tienen una intención seria en Dios. Vamos ahora a examinar los elementos clásicos de las tentaciones de este Hijo Patrón. *Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre. Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.* La tentación más directa para Jesús fue la de servir al Padre desde su propia habilidad para convertir una piedra en pan. Él estaba hambriento, y todos saben que la primera ley de la vida es la de auto preservación, o supervivencia. La razón por la cual las potestades de las tinieblas tienen tanta influencia sobre nosotros es porque sus tentaciones no son reconocidas, no digamos enfrentadas. Tanto la supervivencia corporal y personal como la seguridad financiera están profundamente arraigadas en la naturaleza humana. ¿Estamos esclavizados a ello todavía y tentados a hacer nuestro propio pan a partir de nuestra propia suficiencia? ¿Hemos experimentado el poder que trae el quebrantamiento de esta cadena y por lo tanto soportar el despojo de nuestras pertenencias *con gozo*? Si somos derrotados justo aquí, el diablo se puede ir a casa temprano, y no habrá necesidad de más tentaciones del orgullo de la vida o de la lujuria de los ojos. ¡Es solamente después de que nos graduamos de esta tentación que nos convertimos en candidatos para la siguiente! Hay tres tentaciones, pero la primera es absolutamente fundamental. ¿Cuántos de nosotros estamos incapacitados para servir al Señor en verdadera adoración porque nuestra preocupación primordial y predominante es la propia supervivencia y la continuidad de nuestra propia vida y bienestar físico? Es una paradoja, que Dios haya tenido que darnos un instinto de supervivencia para poder preservar al hombre y la creación, y que sea precisamente ese instinto lo que nos puede convertir en cobardes y traidores de nuestra fe en Dios. ¿Cómo triunfamos ante el instinto de auto preservación? ¿Cómo podemos decir “no” a la habilidad de convertir piedras en pan después de haber ayunado durante cuarenta días? Es en esto donde el enemigo tiene una posición de amenaza en nuestra contra: en el área de la confianza. Tememos por nuestra seguridad; esto por las cosas más elementales que pertenecen a la vida del cuerpo. La provisión de Dios para la necesidad imperante de preservarnos a nosotros mismos es el lugar en donde: *menospreciaron sus vidas hasta la muerte*. Esta fue la primera tentación contra Jesús, y por lógica, será la primera que enfrentemos. Si estamos llenos de temores por nuestra propia seguridad física, ¿cómo vamos a abrazar los propósitos de Dios, especialmente en los últimos días? Estos serán tiempos de persecución e incluso de martirio. Debemos de conocer que Dios es nuestro Proveedor, ya sea que nuestros salarios sean pagados por el Ministerio de Educación, alguna corporación, o un negocio propio. No nos atrevamos a considerar estas fuentes financieras como la fuente de vida original. Si el Ministerio de Educación deja de ser la fuente, el Señor puede proveer desde otra. Si Él finalmente no hace el cambio, hemos de preferir perecer en lugar de continuar en el temor que nos convierte a todos en cobardes, y que nulifica cualquier trabajo de importancia para Cristo. Necesitamos reconocer nuestra derrota ante este temor. Su poder debe de ser quebrantado, o no avanzaremos al paso dos. Es un punto de comienzo tan básico que vino inmediatamente después del bautizo de Jesús en el Espíritu. Él fue al desierto en la *llenura* del Espíritu, pero salió de él en el *poder* del Espíritu. Muchos de nosotros todavía no hemos visto Su vida y poder por el fracaso en haber pasado a través de estas pruebas y tentaciones fundamentales, pero necesarias. Dios conoce nuestros trasfondos

y pasados. Sabe lo fiero que es la batalla, y cuánto necesitamos ser liberados. Y nos repite una y otra vez: “¿Por qué tenéis miedo? Yo Soy el Creador. Yo hice los cielos, la tierra, y también las estrellas. Tengo una miríada de formas en las cuales puedo preservar tu vida física. ¿Crees que tu vida física es una cosa precaria que irá o vendrá dependiendo de algunas circunstancias físicas? Te he dicho que aún los cabellos de tu cabeza están enumerados, y que no darás el último aliento hasta que hayas cumplido los propósitos para los cuales te he dado la vida.” Poncio Pilato le dijo a un Jesús que guardaba silencio: “¿No vas a decir nada? ¿No vas a rogar por tu vida? ¿No vas a arrastrarte y temblar de la forma que hace la mayoría de los hombres, y suplicar de alguna manera que evoque mi simpatía como para que quite la sentencia de sobre ti?” Y Jesús permaneció ahí, no solamente en silencio, sino en una paz y ecuanimidad maravillosas. Él sabía que el asunto no tenía que ver para nada con Poncio Pilato, sino enteramente con el Padre. “Bueno,” dijo finalmente, *ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dado de lo alto.* ¿Podemos nosotros decir eso también? Recordemos, estamos rodeados por aquellos quienes son absolutas presas del pánico, quienes viven vidas acobardadas, sus humanidades lejos totalmente de ser conformadas a imagen y semejanza de Dios. Ahorcados y restringidos, temerosos, molestos y ansiosos. No es por accidente que la primerísima instancia del ministerio de Jesús al salir de su prueba en el desierto haya sido ir a la familiar sinagoga de Nazaret donde vivía. Era el pueblo de Jesús, y leyó de las escrituras que “casualmente” correspondían a ese día en particular: *El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.* Y comenzó a decirles: *Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.* Dios espera un “hoy” en nuestras ciudades. Él espera que alguien entre a los lugares que le son familiares, ya sea una sinagoga o una iglesia, y que hable una *palabra* que liberará a los cautivos. Una palabra así abrirá las puertas de las prisiones de personas que ni siquiera saben que están cautivas. Tristemente, no lo sabrán hasta que una palabra semejante llegue a ellos pronunciada por alguien cuyas cadenas propias han sido removidas; alguien que haya sido maravillosamente liberado del temor. El temor que impulsa la sabiduría del mundo ha sido la fuerza motriz de los hombres desde el momento que desobedecieron a Dios. Es la sabiduría del diablo lo que gobierna sobre los reinos de este mundo. Es una sabiduría predicada sobre la base de la violencia, destrucción y muerte. Nos protegemos por la fuerza de ser necesario. La violencia es la forma en la que los hombres reaccionan cuando su propia vida y sus propios intereses están en juego. Cualquier ruptura del tejido social es un acto de violencia. Cualquier tipo de ventilación de ira, amargura, resentimiento o mentira, por nombrar unos pocos, es una expresión de violencia. Un hombre libre del temor no estará suscrito a dicha sabiduría. Esa es la razón por la cual Jesús dijo que Su Reino no era de este mundo. Él nada tenía que ver con la amenaza o el uso coercitivo de la fuerza. El mundo necesita ver una demostración de otro tipo de sabiduría, la sabiduría del Padre. Esa sabiduría por sí sola derrota a los principados y potestades en los lugares celestiales que gobiernan este mundo. En cada lugar del mundo debe de haber una expresión de la sabiduría de Dios, que viene de la Vida de Dios mismo. Tal demostración solamente puede ser hecha a través de aquellos que han traspasado la intimidación de la inseguridad, quienes han llegado a un lugar de fe y confianza en Dios de que Él proveerá. Ellos se niegan a recurrir a la disputa, la amenaza, la manipulación o cualquier otro de los recursos del interés propio para establecer su seguridad. Solo entonces pueden decir en su respectivo Nazaret: *Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.* Hay una humanidad miserable, moribunda, pudriéndose que vive errónea e impiamente desde las falsas premisas de la sabiduría del mundo. ¿Hasta qué punto es la iglesia en medio de ella sonando la alarma señalando las cosas que son falsas? ¿Qué tanto estamos nosotros, como la iglesia, aplaudiendo y aprobando la sabiduría mundana? ¿Vemos las premisas falsas del mundo como lógicas y razonables? ¿Estamos tan debilitados ante las cosas que mejoran y aseguran nuestra condición física que ya ni nos damos cuenta de que estamos en peligro? Al tiempo que el mundo construye sus estructuras y organizaciones, también lo hace la iglesia. Construimos y perpetuamos nuestras denominaciones, comunidades y ministerios. Con el paso del tiempo, estas cosas dejan de ser medios y se convierten en fines para nosotros. Nuestro objetivo pronto se convierte en cómo podremos mantenerlas

vivas y florecientes. Se convierten en los amados memoriales de lo que hemos hecho por Dios. Pero seguimos siendo esclavos de los mismos valores equivocados que luchamos en mantener y proteger. Las consecuencias de esta mentalidad removerán toda eficacia de nuestras voces en este mundo a punto de perecer. Aun cuando se nos dan opciones, ¿qué tan seguido estamos escuchando algo que es más bien ceremonial en lugar de poderoso? Pero cuando Jesús dijo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros," ellos respondieron que jamás habían escuchado a un hombre hablar con ese tipo de autoridad. La vida y caminata de Jesús estaban en consonancia con Sus palabras. Aun y cuando reconozcamos los valores del mundo como malvados, estamos incapacitados para denunciarlos a menos que nosotros mismos seamos libres de aquello que hace de otros víctimas de dichos valores. ¿Reconocemos que incluso en nuestra vida religiosa podemos seguir abrazando valores mundanos al preservar cosas por cuya seguridad y perpetuidad nos preocupamos? ¿Cuánta de nuestra insistencia en asuntos de tradiciones y doctrinas religiosas realmente nos está robando la necesaria habilidad de señalar la falsedad en las cosas que lo son? La iglesia es la iglesia cuando su mismísimo ser, no digamos sus declaraciones, suena la alarma contra las falsas premisas por las cuales el mundo vive su vida en falsedad. Estamos llamados a demostrar un modo de existencia celestial en este mundo presente—libres del temor, libres de la manipulación, libres de la inseguridad. Jamás comenzaremos ni siquiera a dar un paso antes de que reconozcamos hasta qué punto nos hemos sometido (empero, inconscientemente) a esta sabiduría de auto interés y auto preservación. En Hechos 4:32-35, creyentes con casas y tierras las vendieron y pusieron las ganancias a los pies de los apóstoles, quienes entonces distribuían a cada uno conforme a sus necesidades. ¿Cuántos de nosotros somos capaces de algo semejante? El fruto de nuestro esfuerzo, nuestro salario, ahorros, propiedades y seguridad parecen cautivarnos aún más de lo que nos damos cuenta. Pero en la iglesia primitiva, su bautismo en el Espíritu trajo consigo un poder para liberar de la tiranía de las cosas que estaban en operación tanto en aquél entonces como lo hacen ahora. Codicia, ambición, el interés propio eran tan potentes entonces como ahora, pero de alguna manera esos primeros creyentes estaban libres para vender las cosas que pertenecían a su propia seguridad, y para poner la ganancia de ello a los pies de los apóstoles. No había uno solo entre ellos que tuviese necesidad. No tenían que esperar a que el sistema de seguro social proveyese para los santos; ellos proveían para los suyos. *(Efesios 3: 9) = Y de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; (10) para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.* Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Estos creyentes llegaron a un lugar donde no eran poseídos de sus posesiones. Había una libertad extraordinaria. Ellos habían pasado uno de los grandes exámenes de la prueba en el desierto, y no es por accidente que leemos: *Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos.* Había un poder que siguió el regreso de Jesús de Su prueba en el desierto; poder y una vida que libra a los hombres de la influencia de los demonios; poder y una vida en la predicación y la proclamación; poder y vida a los hijos e hijas de Dios. Parece que se es concedida una medida de poder y de gracia proporcional al grado en que no seamos más esclavos de la clase de cosas que operan en el mundo. Probablemente la causa de nuestra falta de poder sea que no hemos reconocido que la primera función del Espíritu de Dios es la Verdad. Y si estamos viviendo vidas que son esencialmente una mentira, o llenas de insinceridad, ¿cómo podremos entonces experimentar el poder de Su Espíritu? El Espíritu de Dios es el Espíritu de Verdad y se posará únicamente donde la Verdad le invite. Hemos de ser despiadadamente honestos con nosotros mismos, y comenzar a reconocer hasta qué grado estamos atemorizados. El temor y la inseguridad que obligan a poseer y aferrarse es el patrón predominante de nuestra civilización y del mundo. Ha gobernado las vidas de incalculables millones. ¿Alguna vez nos ha impactado el hecho de que somos una humanidad hecha pedazos y devastada? No fuimos creados para vivir en mentiras, o para vivir en una inseguridad paralizante. Hemos sido hechos para vivir en *shalom*, en la paz e integridad de Dios y Su justicia. La paz verdadera no es la ausencia de conflicto, sino la calidad positiva de algo que viene a los hombres desde los cielos

cuando viven conforme a la sabiduría de Dios. Irónicamente, si hemos de escoger la sabiduría de Dios, cuyo epítome se encuentra en la Cruz de Cristo, experimentaremos un nivel completamente nuevo de reproche y persecución. El fin de la edad *está* a la mano. Terminará con colisiones cataclísmicas entre las fuerzas de las tinieblas y la luz. A menos de que alcancemos este lugar de madurez como hijos e hijas, quienes pueden vivir por fe y vivir sin miedo, no soportaremos y no seremos encontrados entre los vencedores. La gran apostasía de los últimos días, en mi opinión, constará de aquellos creyentes cuya profesión de fe es más verbal y de credo que existencial o real. No podrán responder a los requerimientos radicales que demanda la fe, ya sea ahora o entonces, y se encontrarán un día aceptando la marca de la Bestia, diciendo, “¡Tenemos que seguir con vida! ¿Qué de nuestros hijos? No es tan malo aceptar una marca; lo que estoy haciendo es sencillamente unos ajustes mínimos en la contabilidad. Eso no va a afectar nada realmente. Mi corazón sigue con el Señor. Todavía estoy del lado de Dios.” De hecho, el último reto al final de los tiempos es la aceptación de la marca de la Bestia. Rechazar la marca significa que no podremos comprar o vender. La preservación de nuestra propia vida estará en juego. El juicio eterno que viene como resultado de haber tomado esa marca es indescriptiblemente doloroso, nada menos que el lago de fuego reservado para el diablo y sus ángeles. ¿Quién tendrá la fe de no recibir ese número cuando se trate de la supervivencia misma, y la de nuestros niños? ¿Cómo vamos a responder a esa tentación? ¿Cómo vamos a enfrentarnos a esa prueba? Los hijos no tomarán ese número porque existen cosas más importantes que nuestra preservación física, cosas que tienen que ver con el nombre y honor de Dios el Padre. El joven rico, que había guardado todos los mandamientos a lo largo de su vida, preguntó “¿qué bien haré para tener la vida eterna?” La respuesta de Jesús fue que le faltaba una cosa, que debía vender todas sus posesiones, darlas a los pobres y que le siguiera. El joven se dio la vuelta y se fue triste. Puedes ser un santo ejemplar e impresionar al mundo y la iglesia, y aun así tener reservas para ti mismo cuando ya no estás dispuesto a ofrecer más. Pero un hijo, uno que lo es de verdad, no tiene vida hacia sí mismo o para sí mismo. Su vida es por el Padre. Es para la gloria de Dios, y él está dispuesto, no solamente a sufrir el reproche y que otros le malinterpreten, sino también a pasar por la experiencia física de la persecución, el sufrimiento, e incluso el martirio. ¿Será que el libro de los Hechos es solamente una ilusión histórica y descriptiva? Todo lo que se hallaba en la iglesia primitiva debiera tener un sentido irresistible para nosotros que nos llamamos la iglesia de hoy. El testimonio de las Escrituras dice que los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder, y abundante gracia era sobre ellos. Aún la habilidad de ofrendar los bienes, sacrificialmente, es la mismísima manifestación de la obra de la Vida de Dios, cuya naturaleza es sacrificial en *sí misma*. Jesús se dio a sí mismo, como un sacrificio sin defecto para Dios *por el Espíritu Eterno*. Dicho Espíritu es uno de auto sacrificio. Si tal es el Espíritu quien es el modo y el medio de nuestro ser, Él va a buscar expresarse sacrificialmente a través de nuestras finanzas y posesiones. El sacrificio es costoso, ¿y hasta qué grado somos “llenos del Espíritu” si seguimos viviendo holgadamente? ¿Dónde está la evidencia, económica y socialmente, que demuestra esta realidad tal y como ocurrió en los tiempos de la iglesia primitiva? Tal estilo de vida sacrificial no era obligatorio; no se daba porque los apóstoles lo demandaran. No se trataba sino de una manifestación, una consecuencia natural de haber sido tomados por el poder del Espíritu. *Koinonia*, la palabra griega para comunidad o compañerismo, es realmente la comunidad y el compañerismo en *dar*. Seguían poseyendo cosas, pero no eran poseídos por sus posesiones. Su actitud, expresada en otra sabiduría, les había venido junto con el Espíritu de Dios. Eso cambió la forma en la que veían sus propiedades y bienes. Estaban libres, por lo tanto, para la rica magnanimidad de Dios mismo. *Él [Jesús] respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.* ¿Cómo es que se vive por toda palabra que sale de la boca de Dios? ¿Cómo ha de igualársele con pan? ¿Cómo es esto una respuesta suficiente para detener en seco al diablo y obligarlo a continuar con la siguiente tentación—como si reconociese que no va a tener oportunidad alguna de lograr su cometido? La respuesta de Jesús parece reconocer que hay valor para el pan, pero no todo el valor. No *sólo* de pan vivirá el hombre. Hay un lugar para el pan, pero que no se le permita obtener un lugar más elevado que su valor real. No darle a las cosas materiales un valor mayor al otorgado por Dios. No vendas tu alma por cosas que Dios no valora. No seas

deslumbrado. Hay un valor para el pan, pero dicho valor se encuentra dentro de la intención de Dios. No es *solamente* de pan que vive el hombre; hay algo más, a saber, la Palabra de Dios, *toda* Palabra de Dios. ¿De qué forma, entonces, es que la Palabra de Dios sustenta la vida? ¿Cuánto de nuestra vida está centrado en torno a nuestras necesidades físicas? Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, porque era un hombre que vivía eminentemente en la carne y en la esfera de su ser sensato y sensual. Y para él, la auto gratificación era su vida. ¿Te has dado cuenta de lo mucho que se fomenta en este mundo el darle prioridad al cuerpo y a la gratificación física? ¿Cuánto tiempo y dinero invertimos en nuestros cuerpos, y qué tanto en los otros aspectos de nuestro ser que son espirituales? Somos cuerpo, alma y espíritu, pero nótese lo mucho que el cuerpo tiene la preeminencia más allá de lo que Dios determinó. ¿Qué tanto nos inclinamos diariamente a darle a nuestro cuerpo el lugar de eminencia? ¿Qué tanto le hemos dado atención excesiva a las cosas que nos llevan a hacer componendas y nos hacen susceptibles a las tentaciones de este mundo? ¿Pudiera ser que existe un aspecto de la Palabra de Dios que es más que instrucción, que en efecto sea un poder sustentador? Jesús dijo que sus palabras eran espíritu y vida. ¿Por qué no habríamos de volvernos más habituados a alimentarnos de la Palabra? No nos será posible pasar repentinamente de inmadurez y carnalidad a la *huiiothesía* verdadera a menos que estemos colocando los deseos de la carne en su lugar. Pablo disciplinaba su cuerpo y lo sometía en servidumbre. Necesitamos hacer lo mismo. En proporción de qué tanto lo hagamos, la Palabra tomará una nueva elevación y significado. ¿Qué le ha ocurrido a la Palabra en la consciencia de la Iglesia? ¿Qué tan significativa, en realidad, es la Palabra para nosotros? ¿Con qué expectativa se acercan los cristianos a escucharla en un servicio dominical? ¿Cuántos realmente esperamos que esa Palabra se convierta para nosotros en un evento sustentador o dador de vida? ¿Seríamos capaces de creer en una Palabra creadora que abre los ojos de los ciegos y abre los oídos de los sordos? ¿Qué tanto estimamos la Palabra en la casa de Dios? Jesús dijo de sí mismo, *Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.* Démonos cuenta de cómo la alusión de Jesús a comer Su cuerpo ofendió a los judíos religiosos. Sin embargo, de acuerdo con lo que hemos venido diciendo, en la medida que la Palabra de Dios ha perdido su valor y las cosas corpóreas han sido elevadas, lo mismo puede decirse de lo que ha ocurrido con la Santa Cena, la Comunión misma. Puedo entender la reacción contra la celebración Católica Romana de la Eucaristía como siendo el cuerpo y la sangre misma, ¿pero acaso no hemos sido culpables los protestantes de haber convertido la Comunión en algo árido e insubstancial? ¿No ha sido acaso denigrada a algo meramente emblemático o memorial? ¿Pudiera ser que la Comunión es vital, una provisión que otorga vida, concedida por Dios para la salud misma de la Iglesia? Las Escrituras registran consecuencias negativas para aquellos que la toman indignamente, así que ¿qué de aquellos que la toman con dignidad? ¿Puedes imaginar lo que ocurriría si nos juntásemos diariamente con otros creyentes en la frecuencia e intensidad de vida como se describe en el libro de los Hechos? Nuestra impaciencia, errores y molestias terminarían encontrando expresión irremediabilmente. Pronto nos daríamos cuenta de que a menos que estemos comiendo y bebiendo del Señor, no tendremos acceso a Su paciencia, Su dominio propio, Su bondad, Su amor y Su gracia. Típicamente, cuando estas virtudes no se encuentran dentro de nosotros mismos, el sacramento no es más que una mera ordenanza religiosa. Pero debiera convertirse para nosotros, en proporción a nuestra fe, en una provisión de vida. Quizás necesitemos comer y beber más frecuentemente con una fe que cree que estamos participando de algo más que un simple emblema: una medida de la sustancia de la vida de Dios y de Su Espíritu. *Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.* ¿Cómo es que Dios permite que Su Hijo, su Hijo amado, sea llevado por el diablo a *cualquier lado*? ¿Y si Él permitió eso para Su Hijo, acaso no lo hará con nosotros? Dios le permitirá al diablo llevarnos a situaciones que servirán los propósitos de Dios,

empleando al diablo en Su propósito de perfeccionar nuestras almas. Job sería el ejemplo perfecto de un creyente en las manos del diablo con el consentimiento de Dios, pero impidiéndosele que tome su vida. Si las piedras convirtiéndose en pan es el asunto de la supervivencia física, ¿hacia qué áreas de la vida señala esta segunda tentación? A causa del orgullo, nos encontramos vivos y susceptibles al poder, prestigio, posesión, posición, éxito y la estima de otros. Jesús le contestó al diablo con *escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás*. Enfócate en esas tres palabras, a *Él solo*. Deja que sean herradas como con un acero candente en tu espíritu y consciencia—a *Él solo*, a *Él solo*, a *Él solo*. La única manera de resistir esta tentación es haber sido completamente divorciados de cualquier necesidad del yo de ser establecido, reconocido y admirado, y llegar a un lugar de *a Él solo*. ¿Cuántos de nosotros vemos la necesidad de llegar a ese lugar? ¿Cuántos de nosotros estamos libres del enorme poder del prestigio y posición con tal que nuestra vida sea declarada sobre la base de *a Él solo*? No te debe de importar si te dedicas a limpiar chimeneas, o si eres un creyente escondido, jamás visto, cuyo ministerio está oculto a los hombres. No debes de tener ninguna necesidad de algo que trae reconocimiento hacia ti mismo porque tu vida no está declarada sobre ti mismo sino sobre *a Él solo*. Esto es un absoluto inexorable. ¿Cuántos cristianos ven su trabajo como una oportunidad de servir a Dios en dicho lugar? Y si ese no es el caso, ¿entonces cómo le estamos adorando? Hay una conjunción entre la adoración y el servicio. Dios conoce que si alguna vez separamos lo uno de lo otro, estaremos “divirtiéndonos y jugando.” Estaremos agitando nuestros panderos en la así llamada adoración “davídica,” y usando cantos para “crear la presencia de Dios,” pero nuestro servicio para *Él* es nulo y hueco. En la Escritura, el primer uso de la palabra “adoración” no tuvo nada que ver con cantar coritos. Tuvo todo que ver con sacrificar una vida: *Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros*. La adoración es sacrificio. El servicio verdadero es sacrificio. Y esa es la razón por la cual Dios ha unido ambas palabras. Cualquiera que ha tenido cualesquier experiencia en el mundo académico sabe que es una jungla. A través de orgullo y ambición, hay una lucha incesante, compitiendo por la prominencia y el prestigio. Tristemente, las mismas ambiciones hallan su lugar en las congregaciones de Dios. Queremos hacernos un nombre, que no viene siendo nada menos que una expresión de orgullo. Esto lleva a la gritadera por posición, prestigio y reconocimiento. Podemos ser exitosos y brindar así de servicios y programas, pero nuestra palabra no tendrá ni autoridad ni poder, ni podrá liberar a aquellos que nos escuchen de sus cadenas. ¿Cuántos le están “sirviendo” al Señor, pero realmente se sirven a sí mismos? Servir a Dios exclusivamente requiere rendirlo todo de forma absoluta ante Dios. Jamás fue algo reservado solamente para aquellos hombres como un requerimiento para llevar una vida profesional de ministerio. Todo nuestro propósito y razón de existir es servir a Dios. Si no le estamos sirviendo, si eso no es la comprensión consciente y explícita de lo que somos en *Él*, entonces nos estamos sirviendo a nosotros mismos, ya sea en el ministerio o en el mundo secular. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años. Queda claro en este pasaje que hay dos resurrecciones, y que no todos los cristianos son levantados a la venida del Señor, sino solamente aquellos que han cumplido con ciertos requisitos. Hay una resurrección general de los muertos al final del reinado de mil años de Cristo, cuando el Libro de la Vida sea abierto. Hay una opinión casi mayoritaria que nos dice que, la gran mayoría de los cristianos, no participarán de la primera resurrección, que ocurre durante la venida del Señor. No son “santos y bienaventurados,” o “sacerdotes.” Solamente un sacerdote sirve a alguien más sin consideración alguna por sí mismo. “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.” De hecho, un sinónimo para un sacerdote sería un hijo—del tipo que hemos estado describiendo. Servicio sacerdotal, desinteresado, es lo que distingue a un hijo. Es todo el propósito de su existir. ¿Se puede ser un hijo así y seguir siendo un maestro escolar, atender una farmacia o ser un agente de seguros? ¿Puede

tenerse una ocupación normal, secular y seguir teniendo esta sola y única preocupación como hijo, de servirle a Él solo? Sí, está en la intención normativa de Dios que así sea. Imagina hijos e hijas en todos los ámbitos de las esferas seculares, quienes, sea lo que fuere que estuviere en sus manos por hacer, lo hagan *como para el Señor*. No buscan agradar a los hombres, sino agradar a Dios, afectando toda la calidad y el carácter de su servicio porque es *para el Señor*. Cuando *nosotros* somos tentados, ¿podemos decir, “escrito está...”? ¿Proseguirá el diablo a la siguiente tentación, o soltará un bostezo? El diablo y las potestades de las tinieblas saben a quién es necesario y legítimo temer. Saben a qué grado nuestra confesión de palabra es la declaración auténtica y la verdad de nuestra vida. Solo se les exige una sola cosa en todo el universo cósmico moral—que reconozcan una vida auténtica, dondequiera que se encuentre, y como es expresada por medio de hijos que también son sacerdotes para Dios. Ellos saben reconocerla cuando la tienen enfrente, y si ellos no ven la calidad de una relación con el Padre, serán completamente indiferentes a cualquier cosa que tengamos que hacer o decir. Podemos gritar y gritar hasta ponernos morados; podemos tratar de “reclamar ciudades para Cristo”; Podemos orar un huracán; podemos danzar durante todo el día y toda la noche, pero las potestades no dejarán escapar sino un delicado bostezo. Que vean la resonancia de la autenticidad en una persona cuya vida, en su ser esencial, está fundamentada en servirle a Él solo, entonces temblarán y huirán despavoridos. Si nuestra vida de egoísmo sigue viva, mimada y nutrida, ¿cómo podremos llegar al señorío absoluto de Cristo Jesús en *todo*? Él es Señor sobre todas las cosas, o no será el Señor. El tenor relativista del que están hechas las fibras de nuestra civilización es contrario a lo absoluto de Dios. El ceder de una manera total y absoluta es virtualmente desconocido e indeseable en el entendimiento de muchos cristianos. Aunque se sometan a menudo al señorío de Cristo en los asuntos importantes, no son de hacerlo en todos y cada uno de los otros asuntos. Nuestra superficialidad, mediocridad y casual indiferencia al señorío de Dios jamás moverá al mundo hacia Él. ¿Qué ocurriría si viviésemos como hijos en verdad? No tenemos ni la autoridad ni el poder de hijos, y aun así, ¿nos hemos dado cuenta de cuánta preocupación hay en la iglesia respecto al asunto del poder? Pseudo-avivamientos, señales, prodigios y otros fenómenos barren con las iglesias. Pareciera que estamos buscando emociones para nuestras vidas apáticas, ¿pero cuántos de nosotros estamos examinando la fuente de donde emana ese poder? Y dejando de lado por un momento aquello del énfasis en el poder, ¿estamos viendo realmente la misma clase de poder que Jesús desplegó *como hijo*? ¿Sabemos hacer la distinción entre el poder verdadero y el falso? Si no, ¿cómo vamos a enfrentarnos a los engaños de los últimos días, que incluyen señales y prodigios *mentirosos*, además de otras expresiones sobrenaturales de poder? Las mismas señales y prodigios pueden ser realizadas tanto por Dios como ser hechos por parte de Satanás. Es la *fuentes* la que les hace una *mentira*. El poder auténtico es otorgado a hijos a quienes el poder puede ser confiado. No es por accidente que en la ausencia de este poder estemos viendo personalidades de relumbrón con demostraciones que son tan cuestionables, si no es que grotescas, que uno se pregunta cómo podrían ser confirmadas por el Espíritu de Santidad. Aplaudimos instantáneamente cuando vemos gente caerse de sus asientos por hileras enteras. Aceptamos demostraciones tales como temblores inexplicables, carcajadas descontroladas o asuntos similares sin crítica alguna como si fuesen *el* poder de Dios. Es posible que necesitemos hacernos la pregunta de si nuestra condición espiritual será tan mala que estemos desesperados por experimentar cualquier clase de demostración que le brinde emoción a nuestra vida cristiana. Cuidado; no estoy diciendo que esto no lo sea, lo que quiero significar es que necesitamos ir a la Palabra de Dios, a lo absoluto de Dios y al poder que vendrá de hijos que lo son de verdad. Necesitamos ver otra vez delante de nosotros la diferencia entre lo verdadero de lo falso. La tercera tentación es la más sutil y quizás la más mortal porque tiene que ver con el espíritu. *Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará cerca de ti, que te guarden; y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. ¿Alguna vez has considerado que el diablo mismo cita de las escrituras? Uno debe de concluir que este es el terreno más peligroso, y el más sutil, porque está puesto en la santidad y justificación de la Palabra de Dios misma. ¿Cuántas veces la gente nos ha*

citado las escrituras? Uno se siente enormemente en pérdida porque tiene un sonido tan correcto, y es precisamente ahí donde se encuentra el área del mayor de los engaños. Aun habiendo tenido éxito en pasar las dos primeras pruebas y tentaciones, puedes perderlo todo ahí en la tercera y final. Los últimos días vendrán cargados de sutilezas, y esta área es donde más probablemente podremos quedar atrapados. Apenas suena como una tentación substancial de parte del diablo el llevar a Jesús al pináculo del templo en Jerusalén. Notemos dos cosas: el uso de la Escritura y la localización de la tentación—Jerusalén misma, y la cumbre del templo. ¿Qué podría estar más cercano a Dios o ser más sagrado? Nuevamente, Jesús dio una respuesta que fue suficiente para desarmar la tentación. Representa la tentación de probar a Dios para el cumplimiento de su propia Palabra. ¡Esto bien pudiera ser el fundamento de la mayoría, si no es que de todas las iglesias de “fe/prosperidad”! En ellas se cree que pueden invocarse las Escrituras y hacer a Dios responsable de cumplirlas, trátase de sanidad, un auto nuevo, una esposa o cualquier otra cosa deseable. Le llaman “nombrándolo y reclamándolo,” pero en realidad es el más profundo y sutil de todos los pecados, revelando la presunción de que Dios está obligado a cumplir su Palabra a nuestro antojo. ¿No podría ser esto una de las maneras de tomar el nombre de Dios en vano? Esto es muy similar a las situaciones donde invocamos a Dios para nuestra auto-justificación. Cuántos de nosotros, por ejemplo, somos demasiado perezosos o tenemos falta de interés de asistir a la reunión de oración, pero “santificamos” nuestra posición poniéndola en términos espirituales, “Bueno, el Señor no me ha guiado a asistir esta vez.” Nótese cómo estas tentaciones van desde los asuntos más sencillos y aparentes de la supervivencia física hasta los asuntos más sutiles pero poderosos de orgullo, prestigio, poder y posesión; y luego, esta tentación final y su sutileza. Bien pudiera haber más pecado llevando el disfraz de “espiritualidad” en aquel que es groseramente carnal. ¿Puedes pensar en ocasiones donde tomamos las escrituras, buscando su cumplimiento caprichosamente? El cumplimiento de las Escrituras espera en el Señor, en la especificidad que Dios brinda de acuerdo a Su propia sabiduría y voluntad. Necesitamos tener en mente que la intención del ataque del diablo en estas tres tentaciones es alejar a Jesús de Su centro en Dios, y mover ese centro a sí mismo. ¿Cómo es eso verdad en la tercera tentación? ¿Cómo es que el interés propio se convierte en el centro de esta tentación—de tal manera que no *tropieces* con *TU* pie en piedra? Si pensamos en colocar a Dios bajo la obligación de proteger, preservar y guardarnos, Él entonces se convierte en *nuestro* agente, *nuestro* lacayo. Terminamos usando a Dios para *nuestros* propósitos—incluso en Su nombre. Al hacerlo así, operamos desde un centro propio y no desde Dios como el centro. ¿Cómo se pasa una prueba como esta? ¿Cómo podemos encontrar el camino para salir de esta tentación? ¿Cómo saber cuándo las Escrituras están siendo usadas correcta o incorrectamente? Si el diablo usó las Escrituras mismas para tratar de sacar a Jesús de su lugar en Dios y hacer de Sí mismo el objeto y centro de Su preocupación, ¿cómo podremos saber si nosotros mismos somos culpables de usar las Escrituras para nuestra propia auto-justificación? Sabremos cuando la Palabra esté siendo correctamente utilizada cuando su uso implique, para esa persona, pérdida más que ganancia; sufrimiento más que exaltación; negarse a sí mismo más que auto-justificación. La mala utilización de las Escrituras y de Dios al justificarnos a nosotros mismos será una trampa artera, mortal y final para muchos santos. Es mejor errar del lado donde se interpretan las Escrituras en términos de pérdida, que del lado donde se obtiene ganancia. ¿Cómo es que el diablo usa las Escrituras? Él implica que Jesús debe de estar en primer lugar, que Su pie no debe de tropezar en piedra. ¿Es acaso Dios indiferente a los pies de Sus hijos? ¿No desea salvarlos de ser innecesariamente lastimados? No, Él está lleno de toda compasión y tierna misericordia. ¡Pero cuidado, no sea que Dios se convierta en nuestro amiguito, un agente de alivio para nuestros problemas! Si eso fuera cierto, el creyente se convierte en el objeto; el Señor es su agente. Jesús se convierte entonces en una entidad cuya preocupación es hacer cosas para *nosotros*. Esto es algo sutil. El hacer de *nosotros* la primera consideración, como si ese fuera el propósito de Dios, es perder toda la alineación del creyente con Dios. Nos coloca en el centro, en lugar de Él. Dios no está bajo ninguna obligación de preservarnos. Invocar las Escrituras como si Él tuviera dicha obligación de honrarnos es una forma de manipulación. Y si manipulamos a Dios, ¿qué no haremos con los hombres? Lo único que podrá salvarnos de la sutileza de estas tentaciones es no tener una vida propia que preservar, o

un “pie” a considerar. Los hijos verdaderos son indemnes al asunto de su propia perpetuación, su propia supervivencia y su propio éxito. Es precisamente ahí donde se encuentra nuestra seguridad. ¿Por qué estas tentaciones siguieron al bautismo de Jesús? Están probando si Su bautismo era o no válido. Sabemos que el Padre hizo Su anuncio sobre el Hijo cuando subió de las aguas del bautismo, de la muerte y sepultura. La subsecuente crucifixión de Jesús, y Su resurrección, fueron tanto una reiteración como una actualización de lo que Él ya había experimentado al descender a las aguas del río Jordán. En otras palabras, la crucifixión, sepultura y resurrección de Jesús fueron el resultado de su consagración anterior. Y este es el patrón para todos aquellos que quieran seguir Sus pasos. Esa es la consecuencia natural de una vida ofrendada a Dios. El mundo está enemistado con Dios, odiando a aquellos que se identifican como hijos de Dios, y traerán contra ellos, de una forma u otra, el mismo asalto que fue lanzado contra el Hijo de Dios, lo cual, para Él, hizo de Su crucifixión algo inevitable. Jesús había descendido a esas aguas echando a un lado toda consideración para Su propia vida y convirtiendo en inevitable una muerte de agudísimo dolor por amor al Padre. No el menor de estos dolores fue la ausencia de la presencia del Padre mismo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Jesús bebió de una copa mucho más allá de nuestra comprensión. Las tentaciones que siguieron Su bautismo eran para ver si, de hecho, Su vida había sido sepultada o si quedaba todavía algo de Su vida que se preocupase por ella; por su preservación física, por prestigio, poder y posesión. El diablo tiene todo derecho legal para atacar y venir contra la carne. Donde sea que vea carnalidad y egoísmo, él tiene el derecho legítimo de tener un día de campo. Él estaba mirando para ver si había alguna área—cualesquiera—en donde el Hijo de Dios pudiera haber sido tentado hacia el lugar de defenderse a Sí mismo corporal, emocional o espiritualmente. Si las aguas de bautismo, por lo tanto, son un descender a la muerte, una sepultura, ¿cómo va a quedar algo que pueda ser tentado? ¿Acaso esto, entonces, implica que un corazón perfecto está libre de pecado? ¡Sería maravilloso que así fuese! Un comentarista bíblico describe un corazón perfecto como aquel “cuyo corazón es íntegro para con Dios.” El escribe: No es un corazón donde el pecado no tiene lugar alguno, y donde todo es santo y espiritual, porque ¿quién, salvo los espíritus de los justos hechos perfectos, ha alcanzado estatura semejante? No es un corazón que jamás duda, nunca se entristece, nunca se desanima, nunca languidece, nunca se enfría—para eso debemos de buscar un mundo mucho más brillante, con un clima genial. Un corazón íntegro es uno que ha cesado de malinterpretar y de desconfiar del carácter de Dios; que toma ese carácter sencillamente como es revelado por la gracia, y que reposa donde Dios da reposo al pecador, en Su amor que perdona. Un corazón íntegro es uno que ha cesado de sospechar de Dios... La integridad del corazón consiste en su correcta aprehensión del carácter de Dios; en “conocer al Padre” como Él se ha dado a conocer a los pecadores a través de Cristo Jesús... Aquél quien no ha visto suficiente todavía de Él en la Cruz, de tal manera que sean disipadas todas sus perversas dudas y temores de culpa, no es *íntegro* para con Dios. A menos que nuestro bautismo será un bautismo para muerte en primer lugar, ¿cómo habríamos de mirar atrás y verlo como un lugar en donde podemos reconocernos como muertos *en este instante*? ¿Estoy realmente muerto a mis propias ambiciones? ¿Acaso necesito seguir en el ministerio porque requiero del aplauso del pueblo de Dios, su afirmación, y porque necesito hacer algo para estar activo en el ministerio? ¡Posiblemente el hombre que pueda ejercer el ministerio estando a salvo sea el hombre que no desea el ministerio y para quien predicar sea un sufrimiento! Ninguno de nosotros está a salvo de los precipicios del ego y del pecado sin una plenitud de consejo. La repreensión, exhortación y afirmación de los hermanos con quienes nuestras vidas estén seriamente unidas no son solamente saludables para nuestras almas, sino esenciales para la madurez. Cuando somos acusados de algo, tenemos que considerar la posibilidad de que sea cierto, porque la naturaleza misma del pecado es engañarnos para que no reconozcamos su carácter como tal. Así que si un hermano ve algo en nosotros que no podemos ver, debemos de considerar profundamente su percepción. Solamente los hijos se someterán a vivir en una tensión semejante, requiriéndose de ellos que sigan adelante a través de los intrincados y difíciles asuntos de la Vida celestial vivida en esta tierra. Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. El capítulo comienza, *Jesús, lleno del Espíritu Santo...* La prueba en el desierto concluye con, y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea

. La prueba comenzó con Jesús *lleno* del Espíritu. Esa misma llenura le habilitó para vencer al enemigo al tiempo que luchaba con las demandas y la muerte de Su carne. Con la victoria ganada, podía entrar a Su tiempo de ministerio en el *poder* del Espíritu. Hay un patrón Divino exhibido aquí por el Hijo. La exitosa superación de las pruebas explica el poder con el que Jesús entonces comenzó Su ministerio Público. Llegó a la sinagoga que le era familiar en Nazaret, y se *admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad*. ¿Qué fue lo que le dio a Su palabra el peso, el poder y la autoridad que una generación entera de israelitas estaba desacostumbrada a oír? Tal vez pudiésemos decir que el Espíritu fue, y es, dado sin medida a un hijo que lo es de verdad. Las palabras de Jesús transmitían un cierto peso y autoridad en Dios que solamente se otorga a los hijos. No podemos seguir de largo y dejar esta cuestión desatendida. ¿Qué es lo que el poder *ahora* conferido a Jesús tiene que ver con haber pasado por las tentaciones en el desierto? Después de Su resurrección y ascensión, Jesús se reveló a Sí mismo y a Sus discípulos, diciendo: *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*. Autoridad y poder son virtualmente sinónimos. Si los discípulos iban a “ir y hacer discípulos,” sería lo mismo que el Señor yendo, porque Él habría de ser su vida. ¿Por qué no le fue dada toda autoridad hasta Su resurrección? La resurrección y ascensión son a menudo llamados la “exaltación,” pero hubo una humillación que precedió la exaltación. Él fue *abajo*, y por tanto le fue dado un nombre que es por sobre todo nombre en los cielos y la tierra. La exaltación no fue meramente ir verticalmente hacia arriba, sino una exaltación de estar a la diestra del poder. Es el Hijo en el cielo, en el trono del Padre. Que le fuera otorgada toda autoridad fue la exaltación, y es nuestra exaltación también en la medida de nuestra identificación con Él, en muerte primeramente, y luego también en resurrección. La exaltación es la declaración de la resurrección. No puede ser brindada antes porque no es *seguro* que sea brindada antes, aún a creyentes bienintencionados, hasta que la muerte haya borrado cualquier traza de alma y ego que pudiera dar un mal uso y apropiarse de la gloria de Dios. El diablo es un ángel de luz. Era el querubín ungido, pero porque estaba vivo todavía a su propio interés, se extravió ante el prospecto de gloria y poder. La única seguridad para el poder y la autoridad es la muerte. Me pregunto qué tan muertos estarán estos ministros cuyos libros están automáticamente en las listas de los *best-sellers*? Cuando miras esos libros, no son nada más que un montoncito de pelusa. ¡Son poco más que éxito de relaciones públicas, completos con peinados a la moda, estilos de vida lujosos y apariencias que dan toda indicación de que están muy, muy lejos de estar muertos! Necesitamos conocer a aquellos cuyo poder está siendo expresado. Si no es el poder del Espíritu de *Santidad*, otorgado sin medida por Dios a un *hijo* que porta Su Palabra sin egoísmo alguno, y que nunca llamará la atención sobre sí mismo a la hora de usarla, ¿entonces de quién es ese poder? Existe una profunda relación entre el poder y la *huiiothesía*. El poder solamente puede ser concedido a los hijos, porque no abusarán de él. Su vida entera se vive para el Padre. Dios espera a los hijos, y el Señor tiene la intención de “llevar muchos *hijos* a la *gloria*.” La gloria es un sinónimo de poder. El poder de Dios es la gloria de Dios. Él puede dar a los hijos el Espíritu sin medida, a aquellos que no usurparán Su gloria, porque un hijo lo es en el carácter del Padre. La palabra que Pablo utiliza para la “madurez” de los hijos es “adopción.” La adopción implica algo subsiguiente al nacimiento. Nacemos como niños, pero *llegamos a ser* hijos. De acuerdo con la práctica romana en la era de Pablo, un padre había de adoptar a su propio hijo biológico cuando éste alcanzara cierta madurez distintiva. La adopción constituía la *huiiothesía*, lo que entonces convierte al hijo en el heredero del padre. Él no llega a ese punto por mera genealogía o descendencia biológica, sino en virtud de la madurez. Entonces se le adoptaba. No era adoptado como algo inevitable, sino en virtud de cierto reconocimiento específico del padre. Solo entonces podía decretarse al hijo como heredero. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra. Un heredero del mundo es la exaltación que viene a un hijo. Es algo codiciable. Debemos de desearlo. Necesitamos estar abiertos a ello. Necesitamos abrazarlo. Necesitamos hacer de ello nuestra intención declarada. La consecuencia inevitable de una vida vivida *en* Dios y *por* Dios y *para* Dios es la

oposición, persecución y en algunos casos la corona de martirio. En el libro de Apocalipsis, son los mártires quienes tienen coronas; son los mártires quienes están sentados en tronos para reinar como reyes y sacerdotes. ¿Qué acerca de aquéllos que no *mueren* como mártires? ¿Se les niega chapuceramente esta distinción eterna? No se trata de si tenemos que entregar la vida o no, sino de que si hemos vivido nuestras vidas *como mártires* lo que determina nuestro destino eterno. Es la prerrogativa de Dios si nuestras vidas han de tocar su fin con una muerte violenta o pacíficamente en cama. Irónicamente, el martirio no es una forma de muerte; es una forma de vida. Es notablemente liberador saber que mi vida no me pertenece. El mártir Esteban terminó su camino en esta tierra conforme a todo lo que le fue divinamente propuesto. Su sufrimiento hasta la muerte tocó la consciencia de Saulo de Tarso, ante cuyos pies fueron depositadas las ropas de quienes apedrearán a Esteban hasta matarlo. Fue *en* su muerte y sufrimiento que Esteban demostró un espíritu magnánimo y una aceptación con gracia de la soberanía de Dios. Se nos dice que el rostro de Esteban brillaba como el de un ángel. Él cumplió cada propósito de su ser, y el último de estos propósitos fue decir, “no les tomes en cuenta este pecado,” mostrándole a un judío religioso una calidad de carácter y generosidad de espíritu más allá de cualquier cosa que pudiera esperarse de algo meramente religioso en esta tierra. Fue una demostración *celestial* de un *hijo* que estaba tan arrebatado en el Padre, cuya vida no le pertenecía. No determinó su vida por longitud cronológica sino por *obediencia* a aquél final que Dios requirió de él, y luego durmió. Esa demostración perforó el corazón de Saulo hasta la angustia. Esteban ya había muerto; había sido traído de la muerte, para ya no vivir para sí mismo, ni por sí mismo, *sino para Dios*. No veremos la gloria de Dios hasta que haya hijos e hijas quienes estén dispuestos a probar la muerte de la humillación, decepciones y fracasos inexplicables, porque no estarán dispuestos a forzar a Dios para sus propias metas. En el análisis final, Él tendrá misericordia de quien tendrá misericordia *cuando* Él tenga misericordia. Y si sirve a Sus propósitos el no revelar Su vida, entonces sencillamente tendremos que esperar. Esta es la preciosa fe dada a los santos, y hemos de contender por ella o nos terminaremos conformando con algo mucho menor. Aunque esa medida menor pueda ser doctrinalmente correcta, carecerá del *poder* de Dios que trae y confiere la vida...

Posted in: *Crecimiento* | | *With 0 comments*
